

Carácter

Comentarios por Indalecio Fernández Torres

Carácter (*Karakter*, 1997)

Jacob es detenido por la policía, por ser sospechoso en la comisión de un asesinato. Jacob cuenta entonces su historia personal, marcada por el silencio de su madre y por el trato injusto y punitivo del padre. Dirección: Mike van Diem. Guión: Mike van Diem, Laurens Geels y Ruud van Megen, basado en la novela de Ferdinand Bordewijk. Elenco: Jan Decleir (Dreveren), Fedja van Huet (Jacob Katadreuffe), Betty Schuurman (Joba).

El filme *Carácter*, como un material no clínico, me permite hacer una revisión, desde mi óptica personal psicoanalítica, de lo que esta producción cinematográfica me despierta. El carácter, en uno de sus aspectos, refiere “los modos que el yo privilegia” en su manera de hacer vínculos ante ciertas circunstancias. El Yo, como agente, se verá llamado a establecer un sello particular vincular con esas otras partes de la estructura que llamamos ser y sujeto.

El Yo como agente debe conciliar con sus servidumbres (Ello y Superyó) las demandas internas y externas. Nuestro ser, que es el aspecto nuclear y singular de nuestra estructura, está condicionado por las “vivencias de satisfacción / sufrimiento”, que son las que ejercen su efecto sobre el sujeto. El sujeto es así un efecto del ser, y será marcado por éste. Estas marcas del sujeto configurarán un agente que será el Yo y sus servidumbres que se regirán por el “Principio del placer-displacer”. El vínculo entre el Sujeto y el Yo, en su conciliación, crea una barrera entre ambos (sujeto-Yo), que es el llamado carácter.

Así, el Yo no es el carácter, pero el carácter otorga al Yo su peculiaridad. La génesis del carácter es la resultante de determinadas vicisitudes impuestas a componentes de la pulsión, que constituyen las matrices del

sujeto, destinadas a la expresión libidinal a través de su agente que es el Yo. El carácter aporta un triunfo al yo sobre la pulsión, pulsión que pasa a estar integrada a él. En tanto prive el carácter, no hay retorno de lo reprimido y se podría decir que no hay conflicto psíquico, ya que la pulsión al ser sofocada da el aspecto de falta de conflicto. Esta aparente falta de conflicto tiene sus consecuencias. Ya que la existencia de la barrera caracterológica plantea al individuo sostener el enlace entre las matrices del sujeto y la organización fantasmática del Yo, de una manera estática y circular, lo que lleva a crear el ropaje caracterológico que mantiene la represión sin posibilidad de expresión. El carácter al sostener lo reprimido inconsciente da la falsa apariencia de no conflicto.

Cualquier descompensación de la barrera caracterológica genera el retorno de lo reprimido y de lo más allá de lo reprimido inconsciente, que serían las expresiones singulares del ser, con lo que reaparece el déficit y/o el conflicto subyacente y con esto surge la posibilidad de hacer síntoma. El carácter sería así una forma de envoltura límite entre el sujeto y el Yo, con la cual la estructura se relaciona con las circunstancias de una manera repetitiva y estática mientras esta barrera caracterológica no se descompense.

Sexualidad. Filiación. Muerte

La sexualidad, la filiación y la muerte plantean un lugar central en el destino de la estructuración subjetiva, razón por la cual haré un enfoque del carácter desde estas tres ópticas. Para ello me valdré de la representación cinematográfica *Carácter*, con el fin de hacer una aproximación psicoanalítica al tema del carácter. Todo lo desarrollado en este escrito son las vivencias que despertó en mí esta película. Por lo que no puedo evitar hablar de esta proyección cinematográfica desde mi posición personal como psicoanalista.

I. Sexualidad y carácter

1. El padre

En este libreto cinematográfico la figura del padre está signada por ser una leyenda, el ejecutor de la ley sin compasión, por retar a la muerte y desecharla, y por la “porfía”.

La porfía es un elemento central de su “gramática inconsciente” y de la constitución de sus escenas fantasmáticas. Para el padre, la porfía es un privilegio de su orientación narcisista, constituye una reticencia a involucrarse con

los objetos internos y a sustraerse aún más a su primitivo enclave, en este caso la ley. Desde este lugar despliega lo que caracteriza su relación con el objeto (la mujer, el hijo y los deudores), la invitación a que se le desafíe en el lugar que ocupa en un intento de reconfirmar su propio lugar. Presenta elementos comunes con la “tenacidad”, la cual, como veremos, va a ser transmitida al hijo, siendo el elemento central de la rivalidad entre padre e hijo.

Podemos ver cómo la porfía reúne tres elementos constantes: a) la disputa; b) la resistencia a argumentos lógicos, y c) la reiteración incesante. La porfía como rasgo de carácter se vincula con la angustia ante la pérdida del amor del objeto. Cada vez que el padre en la película es colocado en esta situación, ya sea por su mujer o por su hijo, ejerce la ley sin compasión. A través de la porfía intenta establecer la incondicionalidad, la disponibilidad tolerante e ilimitada del objeto para así hacer del otro un objeto dócil y sometido a sus mandatos. De esta manera intenta a través del despertar del odio en el otro asegurarse el amor de este otro hacia sí. Reiteradamente utiliza el odio para afirmar el amor y mediante esto reconfirmar su propio lugar.

Esta “reversión de la perspectiva” (Bión), destinada a desmentir la dependencia amorosa, revela el papel de la defensa, mediante la cual intenta hacer recaer la búsqueda de amor en el objeto: es el otro quien necesita su amor. Para concedérselo habrá de satisfacer sus requisitos y deberá renunciar a algo apreciado: la madre a su desafío y el hijo a su tenacidad, con la finalidad de probarle su devoción.

El proceso de la reversión de la perspectiva está al servicio de “desestimar”, la amenaza de pérdida de amor y la propia dependencia afectiva, subrayando lo contrario, el ilusorio control del objeto, en una retención porfiada, autorizada en la ley, su ley. Su figura representa una leyenda de la temeridad que en una máscara de valentía lo que busca es la muerte. Esto se constituye en su deseo y su prohibición, lo que marca su condición de fálico / castrado.

2. La madre

El “desprecio” marca el carácter de la madre y hace de ello un aspecto de su “gramática inconsciente”. El desprecio que marca el carácter de la madre es asumido por el padre como un desafío a su voluntad y a su dominio. Cuanto más ella lo desprecia, más insiste él. Para ella el silencio es una manera de expresar el desprecio y el silencio del hombre para con ella la ubica también como una mujer despreciada. Ella invierte esta posición a través de su silencio, al transformar el ser despreciada en ser ella la que desprecia. Su entrega se

plantea en un “solo seré para ti, pero nunca me poseerás”. En este desafío rompe el vínculo con el hombre y la posibilidad de un intercambio mutuo que establezca una filiación y la trascendencia del padre.

Desde la otra vertiente, ejerce una acción sobre el objeto de desprecio, una provocación que lo somete a una renuncia. Con el desafío pretende dominar al objeto odiado, al someterlo a un inalcanzable para afirmar su triunfo sobre dicho objeto. De esta manera el desprecio de ella es interpretado por el padre como un desafío de amor, mas no por el hijo.

En su búsqueda de placer lo obtiene a través del hijo, subordinándolo al cumplimiento de ciertas exigencias, es decir, ser su objeto fálico, aquel que la completa en el silencio y en la distancia. La huida constante de ella frente al padre indica el peso de su presencia para ella. Esto da paso a la nominación mediante la cual se establece un vínculo narcisista con los ideales de la madre. Así el nombre propio del hijo es el femenino de la madre (Jacob-Jacoba), sin embargo no permite el paso a la metáfora paterna o a una suplencia a este nivel. Establecida la “nominación” y el nombre propio, veremos cómo el silencio y la distancia materna son afrontados por el hijo, en su ignorancia, con la búsqueda del saber en los libros. Ante la presencia silenciosa y distante de la madre y del padre, el saber buscado en los libros insiste en la instauración de una metáfora materna.

3. El hijo

La “tenacidad”, como rasgo de carácter, tiene aquí su origen en el desplazamiento del objeto amoroso parental. Se consume así la transformación de la meta: el pasaje de la original pasividad del niño a la actividad a través de la epistemofilia, la búsqueda del saber en los libros, rasgo de la suplencia de la metáfora paterna. Estos elementos suplentes comienzan a dibujar la función paterna. El hijo para el padre sólo ha sido un instrumento para acceder a la madre y restañar la castración sufrida por los rechazos que la madre le hizo al padre. En la escena del puente a la salida del río, después de uno de sus actos temerarios, el padre llama a la madre y éste es sometido a un nuevo rechazo por parte de la madre. Aquí hay un giro cuando el hijo busca saber sobre el padre y éste, a pesar de advertirlo, lo ignora. Acto seguido se produce el incidente del robo, el hijo hace un llamado al padre como su hijo, en la búsqueda de la instauración de la metáfora paterna. Al negarlo el padre, el hijo reniega de su padre: “No lo necesitamos”. El desafío va incrementándose por el odio contra el padre, producto de la amenaza de castración en que lo sitúa la relación con el mismo. El padre hace presencia

en su ausencia, lo que se patentiza en las múltiples mudanzas y en la huida de la madre a cualquier proposición de un hombre. Rechaza ser la mujer de un hombre y se somete, y somete al hijo, al escarnio de ser llamada puta, la mujer de los hombres, y el hijo queda ubicado por la madre como un bastardo, el hijo sin padre.

En la adolescencia el hijo percibe la intolerancia de la madre de que él permanezca cerca. La necesidad de ella de que él se aleje lo empuja a una salida laboral como una manera de independizarse y alejarse de ella. Por razones del azar o del inconsciente, él se topa con el padre, cuando pide un crédito en el banco de éste. No solamente se topa con el padre sino que lo asume y lo enfrenta en un desafío como el único medio posible de trascenderlo. El desafío en el hijo lo conduce a un amor al logro a través del saber, pero es una decepción amorosa no confrontada, pues se mantiene en una ignorancia en cuanto al logro del amor de su amada.

Jacob es capaz de confrontar y enfrentar el odio mas no el amor. Vemos cómo confronta y desafía al padre, lo que lo conduce finalmente a logros intelectuales y a la posibilidad de trascender al padre. Sin embargo frente a la mujer, madre o amada, no puede enfrentarla en su amor por él, en el lugar de la confrontación surge la huida y el silencio, dejando un vacío que es llenado por la búsqueda de éxitos o logros.

4. El mentor (padre sustituto)

La entrada en escena de su jefe abogado rompe la dupla narcisista con la madre. Se reintroduce el desafío como un logro ante la deuda con el padre, lo que hace que el padre vea a su hijo como excepcional al cancelar la deuda antes de lo estipulado. Ahora bien ¿qué teme el padre al reconocer a su hijo como excepcional? Teme ser castrado y destituido en su poder por una mujer, como nos lo muestra el sueño que tiene el padre a continuación, sueño que revela la ley destituida en su desnudez, al ser apedreado por una mujer. A raíz de este suceso, el hijo asume una deuda en términos leoninos, al someterse al riesgo de que el padre le exija la cancelación absoluta de la deuda en cualquier momento, lo que sucede más tarde cuando el hijo se encuentra en los albores del éxito. El hijo pretende enfrentar el reto que le hace el padre, aun cuando esto le signifique perderlo todo. Aquí es fundamental la intervención del padre sustituto, el mentor, quien al señalarle que “la verdad no es lo que cuenta ante la ley sino lo que puede probarse”, ubica la ley ya no como un don excepcional sino como un logro. Asimismo, el mentor le dice “quien no acepta recibir [un regalo] tampoco puede dar”, con lo cual confronta la posición

de la madre y el lugar que el padre no supo dar. Ya la deuda no implica la muerte. Así, con el mentor y el amigo, se plantean nuevas posiciones ante la ley y la deuda eterna ante el padre. El mentor refuerza la instalación de la metáfora paterna, lo que reubica la posición del hijo con respecto al deseo de la madre y del padre, además lo prepara para la asunción de su patronímico, el ser hijo del padre. El patronímico lo sitúa a nivel del padre, pero no más allá, de manera que el hijo se encuentra en una encrucijada, la de ser como el padre o lograr trascenderlo al asumir el nombre del padre.

II. Filiación y muerte

El mentor en el momento de su partida, cuando le señala que debe quedarse para resolver sus cosas, le marca la posibilidad de trascender al padre y lo deja en la libertad de hacerlo. La realización del logro académico de Jacob, al finalizar sus estudios, no es vivida por él como un logro personal sino más bien como el instrumento que logra destituir al padre. Jacob busca a su padre para decirle “tú ya no tienes existencia para mí”, es decir para destituirlo. Las felicitaciones del padre y el hecho de que le tienda la mano cuestionan la inexistencia de él como padre para Jacob, en tanto significan un intento por parte del padre de mantenerse ligado a Jacob, intento que Jacob pretende rechazar por el resentimiento. El padre iguala el enfrentamiento con la ayuda, el amor con el odio, tal como lo hizo a lo largo de toda su historia con el hijo, como cuando le dice a la madre “si lo ahorco nueve veces a la décima será más fuerte”. Jacob actúa este decir del padre, te hago mal para hacerte bien, en el momento en que se le lanza encima, sin embargo no puede sostener su acto hasta sus últimas consecuencias, puesto que no lo puede matar ante la petición que le hace el padre cuando le dice “ayúdame”, es decir, mátame. El aborto del *acting* de Jacob es asumido por el padre en un pasaje al acto, es decir, en el suicidio. En el acto suicida, el padre ubica al hijo ante la ley como un posible asesino, pero también desafía al hijo a probar que no lo es. Así deja la posibilidad, al planificar el suicidio, de que se cuestione de quién es la mano asesina. La ley prueba que Jacob no es el asesino, pero cuál es la verdad inconsciente ¿Jacob asesina a su padre?

El padre sólo puede asumir su amor sin un predominio de odio una vez muerto, cuando en su testamento deja todos sus bienes a su hijo y se ubica por primera vez para el hijo como su papá. Este deslastrar el amor del odio es la posibilidad que el padre le ofrece a su hijo para que pueda trascenderlo, como hombre y como padre.